LA HISTORIA DE MUCHAS CARTAS

POEMA EN DOS CANTOS

A mi querida sobrina

La Señora Doña Elvira Yrulegui de Garcia Caballero.

Te dedico este poemita, escrito á la memoria de A..., porque habrás observado que hace tiempo que acostumbro á poner al frente de muchas de mis composiciones el nombre de alguna persona amada, y es porque, desde que me voy haciendo viejo, solo sé vivir rodeado de los seres que, como tú, me quieren entrañablemente.

CAMPOAMOR.

LA HISTORIA DE MUCHAS CARTAS

—

CANTO PRIMERO.

Escribiré mañana.

I

Del mar junto á la orilla
Está Vega, lugar que, aunque pequeño
Para ser una villa,
Casi es un Lóndres para ser aldea;
Y allí vive, en el punto más risueño,
Tejiendo y destejiendo Dorotea
La tela de Penélope de un sueño.
¡Pobre niña, que áun vive
Con la fe de esas almas tan honradas
Que creen que las promesas son sagradas.
Y un ángel en el cielo las escribe!

II

¡No lo extrañeis, espíritus amantes,
Si veis que el autor llora
Al recordar ahora
Memorias que no tienen semejantes!
¡Nos dicen ¡ay! que el tiempo y la distancia
Sofocan los recuerdos de la infancia!...
¡Yo, al restañar esta mortal herida,
Me olvido de treinta años de mi vida!
Y es tan cierto, lector, lo que te digo,
Que lloro, aguardo, me sereno, y sigo.

III

Nuestra bella heroína
Cumplia quince Abriles aquel año,
Y, lo que es increible por lo extraño,
Se murió sin saber que era divina.
Es la sola mujer que he conocido,
Aunque ya soy tan viejo,
Que con aire modesto y distraido
Se peinase de espaldas al espejo;
Y eso que era envidiada
Por todas las muchachas casaderas,
Cuando, admirablemente despeinada,
Llevaba, entre ondas de oro sepultada,
Cubiertas con el pelo las caderas.

IV

Creia mucho en Dios, y hasta creia,
Como todas las almas candorosas,
Que Dios suele matar por muchas cosas
Por las cuales yo vivo todavía.
Severa, cuanto afable,
Honraba de sus padres la nobleza,
Teniendo una belleza incomparable,
Y un alma superior á su belleza;
Y pura, como el dia
Que recibió las aguas del bautismo,
No entendia el misterio de los nombres
De esas cosas de que habla el catecismo,
Que una jóven llamó « pecados de hombres ».

V

Nuestra hermosa de Vega
A Justo amó; pero le amó tan ciega,

Que ajena de dobleces y de engaños,
En todos sus quince años
No pensó ni un momento
Que es una gran locura,
Que nunca tiene en las mujeres cura,
Eso de amar á un hombre de talento.
Sin poner la virtud en ejercicio,
Todos, todos, de Justo aseguraban
Que ya empezaba *á aborrecer el vicio.*
Prudente, aunque no siempre, en sus acciones,
Amaba la moral que profesaban,
Como buenos y cómodos varones,
Los Horacios, Los Riojas y Leones.
Iba por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido;
Y seguia las huellas
De esos nobles bribones
Que hablan mal y desprecian sus pasiones,
Y que mueren por fin víctimas de ellas.

VI

Pero Justo ¿ qué hacia,
Que prometió escribir á Dorotea,
Y la carta aguardada no venía?
¿ Qué hacía? — Ni lo sé, ni él lo sabía.
Teniendo siempre de escribir la idea,
Se iba el tiempo marchando y no volvia,
Y de este modo Justo y Dorotea
Miéntras ella esperaba, él no escribia;
Pues aunque en ánsia de escribir ardia,
En su alma, entre española y mahometana,
Pudo más la pereza que la gana,
Y así pasaba un dia y otro dia
Diciendo siempre : — escribiré mañana. —

VII

Y ¿qué hombre, ménos él, no hubiera escrito
A aquel sér adorable y no adorado,
Viendo en sus ojos el color sagrado
Del violeta azul de lo infinito!...

VIII

¡Gracias á Dios! Con alegría suma
Tomó un dia la pluma...
Y despues de tomada...
Decidido á hacer algo, no hizo nada.
Y oid, tristes cual yo, de qué manera
Se fué pasando una semana entera:
Lúnes; me siento enfermo.
Mártes; ¡es tan mal dia!
Ya es *miércoles.* ¡Qué sol! La tarde es fria.
Juéves. ¿Escribo? Escribiré. Me duermo.
El escribir en *viérnes* me da susto;
Será mucho mejor, á fe de Justo,
Que mañana, que es *sábado,* la escriba,
Y el *domingo,* que es fiesta, la reciba.
Y al fin de la semana,
Cuando el domingo llega,
Miéntras él con la calma que tenía,
— Mañana escribiré, — se repetia,
En el puerto de Vega,
Ya presa de mortal melancolía,
Ella decia: — ¡escribirá mañana! —

IX

Ya un dia entusiasmado
Al papel y al tintero se abalanza,
Mostrando en su semblante alborozado

La alegre animacion de la esperanza;
Y, — ¡oh Dios, cuánto la adoro! —
Decia enamorado...
Y ¿escribió? No señor. ¿Por qué? Lo ignoro;
Mas no falta quien crea,
Que no escribió á la pobre Dorotea
La carta deseada,
Porque! oh maldad del corazon humano!
El dia aquel se lo estorbó la mano
De una cierta coqueta retirada.

X

Otra vez que, exaltado y medio loco,
Quiso escribir (pero, ¿escribió?; tampoco:)
Como un niño pequeño
Se echó enfadado y se durmió tranquilo
Que es el cansancio material un hilo
Que tira de nosotros hácia el sueño:
Y como á los veinte años que tenía,
El dormir bien no es una cosa rara,
Ya á más de la mitad del otro dia
Dijo, brillando en su apacible cara
La risa del candor que en Dios confia:
— Por voluntad del cielo soberana
Mañana podré estar ó muerto, ó vivo;
Pero, lo que es mañana,
Lo juro por mi honor, ó muero, ó escribo. —

XI

¡Siempre igual! Esperando la venida
Del mañana maldito,
¡Cuántas cartas Dios mio, en esta vida
Debiéndose escribir, no se han escrito!
¡Son tantas!... pero ¡tantas!...

Las cartas ¡ ay ! que sin nacer murieron !
Y al mismo tiempo ¡ cuántas
Sin deber ser escritas, se escribieron !

CANTO SEGUNDO

Mañana escribirá.

I

Miéntras él en Madrid, que es donde vive,
Piensa sólo en la carta que no escribe,
Ella encerrada en Vega,
Sólo espera la carta que no llega.

II

Tan eterna tardanza,
Ya la inquieta de modo
Que siente intermitencias de esperanza:
Y cual la pobre gente
Que es muy poco feliz y es inocente,
Ya cree que el cielo se entromete en todo,
Y que, probablemente,
En castigo tal vez de algun deseo,
La mano del Señor secretamente
Le va á sacar las cartas del correo.
¿ Y hacía muchos votos? ¡ Ya lo creo !
En materia de afectos y deberes,
¿ Qué cosa habrá, por frívola que sea,
Por la cual, imitando á Dorotea,
No hagan votos secretos las mujeres?
Por eso, uniendo á la bondad que tiene
La natural supersticion del que ama,
Si canta un gallo en el jardin, exclama:
— Esa es señal de que mañana viene. —
Para todas las luces y los ruidos,

Sus ojos multiplica y sus oidos.
Oye un rumor y dice: — es el cartero —
Y llega á ser este héroe callejero
La más dulce tal vez de sus manías,
Pues firme en el balcon como una roca,
Abre, al verle llegar todos los dias,
Unos ojos más grandes que la boca.

III

Tanto era lo que amaba.
Que daba por muy justas y muy buenas
Sus muchísimas penas,
Si la carta llegaba;
Y darle prometió, si se casaba,
A San Antonio un ramo de azucenas.
¡ Ay ! la pobre ignoraba
Que en materias de amor y matrimonio,
Por muy triste que sea,
Puede más que los santos el demonio...
Por eso no veia Dorotea
Lo mal que se portaba San Antonio.

IV

Era tal la inocencia
Que á su amorosa obcecacion se unia.
Que, haciendo penitencia,
De rodillas y en cruz, pasaba el dia;
Y acabando su historia
En la esperanza y la virtud cerrada,
Más que en el mundo al fin pensó en la gloria;
Siendo su fe tan pura y tan ardiente,
Que se puso á pan y agua solamente,
Como una pensionista castigada.
Feliz con sus manías,

Y dispuesta á hacer frente á los reveses
De tantos desengaños,
Como dió fin un mes de treinta dias,
Un año se pasó de doce meses,
Y pasaria un siglo de cien años;
Siendo ya tan completo
Su triste estado de ascetismo inerte,
Que, para ser de véras esqueleto,
Ya no faltaba allí más que la muerte.

V

Y como ella sabía
Que se suele morir cuando amanece,
(Suspirando una tarde, en que parece
Que da un adios al sol, padre del dia),
En su cara preciosa
Más bien que iluminada, luminosa,
Mostrando la expresion de un grande espanto,
Sacó del pecho, humedecido en llanto,
Aquella llavecita sigilosa
Que todas las mujeres guardan tanto,
Llave de honor, bajo la cual habia
Dejado, á no dudarlo, bien cerradas
Las cien contestaciones que tenía
A la carta, no escrita, preparadas.

VI

¡Cuántas madamas Sevignés habria
Si saliesen á luz los borradores
De las cartas de amores
Que en el seno del alma se conciben,
Y se escriben despues, ó no se escriben!
¡Yo creo que los muchos desengaños
Que dan los hombres de malicia lleno

Matan todos los años
Un millon de Eloisas por lo ménos!

VII

Pues, como ántes decia,
Entre risueña y grave,
Así le habló á una amiga que tení •
— Si mañana me muero,
Me esconderás aquí, junto á esta llave,
Una carta que espero. —
Y ya cumplido este deber postrero,
El más caro tal vez de sus deberes,
Vuelve á guardar la llave
(Que sólo Dios lo que encerraba sabe)
En aquel pecho hermoso,
Ese rincon de cielo misterioso
Donde todo lo esconden las mujeres.
Y al ver que su esperanza era ilusoria,
Y la carta esperada no venía,
— ¡Cuánto siento — añadia,
— Morir sin aprenderla de memoria! —
Y acabada esta frase,
Sintiendo ya acercarse a onía,
La carta que pensaba que llegase
La estrujó entre sus manos todo el dia.

VIII

Miéntras su alma enervando
Se iba al calor de su divino fuego,
Fué su cuerpo acabando
Primero el hambre y la tristeza luégo;
Y de tal penitencia aniquilada,
Como ni ver ni articular podia,
Su voz en el silencio se perdia,

Al perderse en la sombra su mirada.
Presa ya de una angustia intermitente,
De una manera lúgubre tosia,
Y como lentamente
Se iba haciendo su tez más trasparente,
Su espíritu divino parecia
Que alumbraba su cuerpo interiormente.

IX

Hasta que al fin un dia, un triste dia,
La cabeza inclinando,
Que una gorra de encajes envolvia
Sujeta por debajo de la barba,
Se oye un tartamudeo de agonía:
Con los dedos las sábanas escarba:
Distribuye unos éxtasis mirando;
Se cubre de una sombra su semblante;
Y en su lucha tenaz de agonizante
Vuelve á caer y á alzarse, y titubea;
La muerte se va y viene y serpentea;
Y hundiéndose de pronto su martirio
En la inmersion de un celestial delirio,
En el último instante de su vida
Ve en un fondo de luz desconocida
Lo que al morir, como al vivir, desea,
Y es una carta, en su ilusion fingida,
En cuyo sobre dice: « A Dorotea. »

X

¡ Ay ! Cuando á Justo le anunció el correo
El triste fin de la que fué su encanto,
Sentia como Dante aquel deseo
De suspirar y de morir de llanto.
— ¿ Ha muerto ? — el pobre Justo preguntaba

En el tono más alto del lirismo;
— ¡ Qué desgracia ! — exclamaba,
— ¡ Yo que la iba á escribir mañana mismo! —

XI

Nunca escribió la carta deseada,
Pero, en cuanto á escribirla, ya lo he dicho.
Ni ha sido más predicho,
Ni Cristo fué tal vez más deseado.
Por eso estaba loco, ó casi loco;
Mas ¿ qué culpa tenía el inocente
Si siempre, como á mí, le faltó un poco
Para ser diligente ?
El caso es que lloraba sin consuelo,
Porque era bueno, bueno, y, lo repito,
Aunque nunca escribió, ni hubiera escrito,
¡ Oh fiel imágen de las cartas mias !
Tan cierto es como Dios está en el cielo,
Que, amándola infinito,
El pensaba escribir todos los dias.

XII

Y era su pena tanta,
Que ahogaban los sollozos su garganta.
Mira al cielo con aire reverente;
Despues se echa á llorar amargamente;
E implorando el auxilio de este modo
Del Sér que en todas partes lo ve todo,
Pidiéndole perdon por sus agravios,
En oracion mental mueve los labios;
Y hasta en medio de un bíblico arrebato,
Casi escribir promete el insensato
Aquella carta que quedó en idea,
Cuando mira entre luz á Dorotea,
Que desde el cielo le decia: — ¡ ingrato ! —

FÁBULAS

Insuficencia de las leyes.

EL REINO DE LOS BEODOS.

Tuvo un reino una vez tantos beodos,
Que se puede decir que lo eran todos.
En el cual por ley justa se previno :
Ninguno cate el vino.
Con júbilo el más loco
Aplaudióse la ley, por costar poco :
Acatarla despues, ya es otro paso ;
Pero en fin, es el caso
Que la dieron un sesgo muy distinto,
Creyendo que vedaba sólo el tinto.
Y del modo más franco
Se achisparon despues con vino blanco.
Extrañando que el pueblo no la entienda,
El Senado á la ley pone una enmienda,
Y á aquello de : *Ninguno cate el vino,*
Añadió, *blanco,* al parecer con tino.
Respetando la enmienda el populacho,
Volvió con vino tinto á estar borracho,
Creyendo por instinto ¡ mas qué instinto !
Que el privado en tal caso no era el tinto.
Corrido ya el Senado,
En la segunda enmienda, de contado,

Ninguno cate el vino,
Sea blanco, sea tinto, les previno :
Y el pueblo, por salir de nuevo atranco,
Con vino tinto entónces mezcló el blanco ;
Hallando otra evasion de esta manera,
Pues ni blanco ni tinto entónces era.
Tercera vez burlado,
—« No es eso, no, señor », dijo el Senado ;
« O el pueblo es muy zoquete, ó muy ladino:
Se prohibe mezclar vino con vino. » —
Mas ¡ cuánto un pueblo rebelado fragua !
¿Creeréis que luego lo mezcló con agua ?
Dejando entónces el Senado el puesto,
De este modo al cesar dió un manifiesto :
La ley es red, en la que siempre se halla
Descompuesta una malla,
Por donde el ruin que en su razon no fia,
Se evade suspicaz... ¡ Qué bien decia !
Y en lo demas colijo
Que debiera decir, si no lo dijo :
Jamas la ley enfrena
Al que á su infamia su malicia iguala :
Si se ha de obedecer, la mala es buena ;
Mas si se ha de eludir, la buena es mala.

Instituciones inutiles.

EL ARQUITECTO Y EL ANDAMIO.

Quitó el andamio Simon
Despues que una casa hubo hecho,
Y el andamio con despecho
Exclamó : « ¡ Qué ingrata accion ! »

A tan necia exclamacion
Dijo Simon muy formal:
« Quitarte ántes, animal,
Fuera imprudencia no escasa;
Mas despues de hecha la casa,
¿Hay cosa más natural?

Oficios mutuos.

EL GATO Y EL MILANO.

Desplumaba á una tórtola un milano,
Y un gato que gruñendo lo veia,
El hocico lamiéndose, aunque en vano,
—« ¡Ah *verdugo!* » —furioso le decia.
— Y tú ¿qué eres?— el ave le contesta.
Calló el gato, ocultando su deseo;
Y echándole las garras por respuesta,
— « ¿Qué he de ser, contestó, siendo tú el *reo?*
Dotado siempre está de ánsia inhumana
Cuanto arrojar al mundo á Dios le plugo:
Verdugos de hoy reos serán mañana,
Pues el reo de ayer es hoy verdugo.

El falso heroismo.

EL VETERANO Y EL PASTOR.

Volviendo hácia su tierra
Un pobre veterano de la guerra,
Donde en trances sacó nada felices

Un pié de palo y várias cicatrices,
A un pastor que encontró por carambola,
Le dijo en tono adusto:
— « ¿Cómo entre tanto arbusto
Se ve con hojas esta encina sola? »
El pastor contestó: — « Salió de madre
Aquel cercano rio,
Y estos arbustos deshojando impío,
Perdonó sólo á esa gigante encina,
Que llaman desde entónces la *heroina.* » —
— « Pues mire usted, compadre »,
Replicó el veterano,
« Es más digna de encomio la desgracia
De tanto arbusto enano,
Que la gloria de ese árbol eminente;
Porque no tiene gracia
Que no la hollase el bramador torrente,
Cuando tan alta levantó la frente.
Soy Juan Fernandez, para quien sin duda
La trompa de la fama ha sido muda;
Pues sepa usted que al redactar mi jefe
(Que por Dios que era un grande mequetrefe)
Las siguientes palabras:
Voy á asaltar el muro;
En verdad le aseguro,
Como es usted lacayo de esas cabras,
Que sólo en lance tal sufrió la mecha
El pobre Juan Fernandez en la brecha.
¿Y qué sacó? esta pierna de rebaja.
¿Y el jefe? nada ménos que la faja.
Y así porque esta encina
Desde hoy no vuelva con su orgullo necio,
De tanto pobre arbusto con desprecio,
A honrarse con el nombre de *heroina,*

O voto á Dios le rompo la cabeza,
O me entalla usted esto en su corteza :

Porque nació más alta, es más felice;
Y porque es más felice es la HEROÍNA.
¡ Cuántos héroes habrá como esta encina !
Juan Fernandez lo dice.

La igualdad.

LA COL Y LA ROSA.

Una col en un cercado
Probaba á una rosa bella
Que era tan buena como ella,
Y áun de una tierra mejor.
— Mas aunque de cuna iguales,
Dijo un pepino, ¡ mastuerza !
¿ Dejarás tú de ser *berza,*
Miéntras que ella es una *flor ?*

Pelear por un mismo fin.

GUERRAS CIVILES.

Era un reino infeliz en donde altivo
Un partido de *olivo* un dios queria,
Y otro partido que en el reino habia
Pidió el dios de *aceituno* en vez de olivo.
Clamando guerra en su furor activo
Al golpe asolador del hacha impía
Fué tumba universal la monarquía;
De un yermo la nacion fué ejemplo vivo.

Hecho el dios de aceituno á sus antojos,
Un partido en sus glorias importuno
Lo encumbró sobre míseros despojos :
Hasta que, el dios mirando de aceituno,
Vieron por fin con desolados ojos
Que aceituno y olivo era todo uno.

Leyes fundamentales.

Con ánimos sencillos
Varios chiquillos cierto dia un dado
Para jugar hicieron;
Y las leyes del juego los chiquillos
Por seguir á la letra,
Del lado aquel en cada faz pusieron
El *uno*, el *dos*, el *tres*, el *cuatro*... etcetra.
De niños entre el bando
Alguno de ellos calculó prudente
Que por los bordes subrepticiamente
La cara de su número limando,
Siempre á la mesa en amoldarse esquiva
Quedaria, rodando,
La cara de su número hácia arriba.
De esta manera á todos, el fullero,
Como era natural, ganó el dinero,
Hasta que al fin, de sus falaces modos
Apercibidos todos,
Dando de su pericia muestras claras,
Limando y más limando
Fueron tambien dejando
Convexas de sus números las caras.
De este modo el ex-dado
Por ángulos y bordes cepillado,

Al impulso menor del aura sola
Rodaba, ya se ve, como una bola.
Desde entónces el número de azares
Se sucede á millares,
Y la igualdad geométrica admirando
De equilibrio tan justo,
Unas veces perdiendo, otras ganando,
Se divierten los niños que es un gusto.
Con lengua atrabiliaria
A cada azar del inconstante dado
Agotan su aficion parlamentaria,
Y sucede un discurso á otra discurso
Sobre si el aire le sopló de un lado,
Sobre si un pelo interrumpió su curso.
Y acaban las cuestiones,
Su furor conteniendo en breves plazos,
Los que son vencedores, á razones;
Los que vencidos son, á sombrerazos :
Y en cáos importuno
Alzándose hoy los que caerán mañana,
Todos se pierden, y ninguno gana,
Ganando todos, sin perder ninguno.
Y entre tanto, sediento de emociones,
Y ajeno, el pueblo espectador, del fraude,
Aplaude tan contínuas variaciones,
Pues siempre el pueblo la comedia aplaude
Si van y vienen sin cesar telones.

Desde el feliz momento
Que la moral he oido de este cuento,
Ignoro cómo hay gente
Que idolatrar como á sus ojos pueda
La ley fundamental, que blandamente
Adonde quiera que la impelen rueda.

Dios es causa de las causas.

LA URRACA, LA RAMA, EL ÁRBOL LA TIERRA Y EL SOL.

Al lado de una iglesia un olmo habia,
Desde donde una urraca escuchó un dia
Que un fraile predicaba de este modo;
Dios todo lo hace, y lo dispone todo.
Torciendo entónces el agudo gesto,
Dijo la atea urraca : — «Por supuesto,
Dios dispondrá si quiere de lo suyo,
Porque yo sin sus órdenes arguyo
Que ya corro, ya vuelo,
Segun me viene á pelo,
Y, aunque su ley traspase soberana,
Hoy canto aquí porque me da la gana.»
— «Porque yo te sustento
(Dijo la rama con sutil acento)
Gracias al tronco adusto
Que me encumbra robusto.»
— «Yo (con acento ronco
Gritó á la rama el tronco)
Te encumbro á tí, porque la tierra amante
Con brazo creador me alzó triunfante.»
— «Y yo te levanté (dijo la tierra,
Sus entrañas abriendo en són que aterra),
Porque ese sol que de su luz me inunda
Con sus rayos mis gérmenes fecunda.»
— «Y yo (contestó el sol de orgullo lleno,
Con voz de quien es eco el bronco trueno)
La tierra fecundizo,
Porque el potente Sér que todo lo hizo
Desde mi trono alzado

Hasta el último fin de lo increado,
Cual dón que con su alteza manifiesta
¡ La clara sombra de su luz me presta !
Desde entónces la urraca,
Con una fe que su temor aplaca,
Cuando oye prorumpir en el otero :
« Yo canto estas rondeñas porque quiero »;
— « cantais porque Dios quiere ¡ bachilleras! »
(Grita á sus compañeras :)
« ¿ Cómo ultrajais al cielo de ese modo ?
Dios todo lo hace, y lo dispone todo. »

La carambola.

EL CHICO, EL MULO Y EL GATO.

Pasando por un pueblo un maragato,
Llevaba sobre un mulo atado un gato,
Al que un chico, mostrando disimulo,
Le asió la cola por detras del mulo.
Herido el gato, al parecer sensible,
Pególe al macho un arañazo horrible;
Y herido entónces el sensible macho,
Pegó una coz y derribó al muchacho.

Es el nundo á mi ver, una cadena,
Do rodando la bola,
El mal que hacemos en cabeza ajena,
Refluye en nuestro mal, por CARAMBOLA.

La justicia en un cuento.

EL VIEJO Y EL MENDIGO.

Rodeado el tio Blas de gente,
Dijo : — « Vaya un cuento ahora » ; —
Y ya iban tres cuartos de hora,
Cuando él iba en lo siguiente :
— « Aunque *pobre,* el juez prudente
Le hizo justicia al momento. » —
Y un *pobre,* que oia atento,
Dijo al tio Blas con malicia :
— « *¿Pobre,* y se le hizo justicia?
Dice usted bien : *eso es cuento.* »

El método.

EL MANCEBO Y LOS PÁJAROS.

Vió Gil de un árbol caer
Cinco pájaros, y todos,
Corriendo por varios modos,
Los quiso á un tiempo coger,
— « Deja, buen Gil, de correr,
Pues no cogerás ninguno.
¿A qué tras *cinco* ¡ importuno !
A un tiempo vas con ahinco,
Si para coger los *cinco*
Tienes que empezar por *uno ?* »

La piedad bien entendida.

EL MUCHACHO, EL PODADOR Y EL MANZANO.

A un manzano podaba un hortelano,
Y un muchacho, con íntimas querellas,
«¿Por qué», decia á gritos, «inhumano,
Del tronco á quitar vas ramas tan bellas?»
—«Córtalas, podador», dijo el manzano,
«Que se me quiere encaramar por ellas.»—

El tal rapaz, que procuraba arguyo
El bien ajeno en beneficio suyo.

Baladronadas.

LA VID, EL OLMO Y LA HIEDRA.

En contínua querella,
Una vid y una hiedra, á un olmo asidas,
Se despreciaban, de ódio estremecidas,
Poniéndose á su vez de *más es ella.*
—«¿Ves aquel ave, que en tendido vuelo»
Dijo la vid por fin, «ya besa el cielo?
Pues si quiero subir, sin más arrimo,
Le llevo á que meriende este racimo.
—«Pues si me subo yo», dijo la hiedra,
Que sólo asida de los olmos medra,
«Formo un dosel al cielo,
Que, interpuesto entre el sol, enlute el suelo.
Vamos á ver si no», siguió importuna.
—«Vamos, dijo la vid: ¡A una!»—«¡A una!»
En tono el más sencillo:
«No, por Dios; no por Dios, gritó un tomillo,
Que pueden sus bravuras

Dejar el mundo á oscuras.»—
Llegando ya de su impacienca al colmo,
Dijo al tomillo el olmo:
—Puedes perder el miedo, en mi conciencia,
Si nadie miedo á los cobardes tuvo,
Pues sé por experiencia
Que jamas *subirán* si yo no *subo.*»

De pequeñas causas, grandes efectos.

EL PASTOR Y EL INSECTO.

Cantando Gil, vió de un insecto el nido,
Y le holló con pié rudo:
Y aunque oyó de mil tristes el gemido,
Siguió cantando de piedad desnudo.
Viendo el insecto hollados á sus hijos,
Subióse á la montaña,
Y en el chopo más alto ayes prolijos
Lanzó exhalando su impotente saña.
Era el tiempo en que vientos y nublados
Desatando los cielos,
Igualan con los montes los collados
Copiosas nieves y abundantes hielos.
Por vengarse de Gil, cargó sañudo
Con un copo de nieve,
Carga mayor con que el insecto pudo.
¡De tan grande furor venganza leve!
Suelta el copo, al encono que le inflama,
Desde el altivo chopo;
Y engruesado al bajar de rama en rama,
Fuése aumentando el invisible copo.

Va el gérmen infeliz de inmensa ruina
De hoja en hoja bajando,
Y un copo y otro copo arremolina,
Y cien y mil, y auméntase rodando.
Cruje la mole, escasa todavía:
Mas en creciente extraña,
Ya un monte desatado parecia
El declive al bajar de la montaña.
El alto roble y la empinada encina,
A su impulso arrollados,
Amenazaban convertir en ruina
Del pobre Gil apriscos y ganados.
Y al ver la mole, el insectillo en tanto,
Que lo arrasaba todo,
Parodiando de Gil el fiero canto,
Tarareó esta cancion allá á su modo:

¡No hay venganza que un ruin, si está ofendido
Tomar no pueda en pago,
Cuando un copo de nieve desprendido
La causa llega á ser de tanto estrago!

Excusas necias.

EL CUERVO Y EL REPTIL.

Hácia el nido de un cuervo
Sube un reptil protervo,
Que de otro manjar falto,
De huevos se apercibe;
Mas al dar el asalto,
Creyendo al cuervo ausente, oyó:—¿Quién vive?

—«Perdone usted; no es nada
(Dijo con voz turbada);
El hallarme soñando
Mi indiscrecion abone;
Pues llegué aquí rodando,
Mas deperté, y me vuelvo: usted perdone.»

—«¡Hola, traidor vecino!
(Dijo el cuervo ladino)
¿Cuando el sueño te priva,
Sin costarte trabajo
Te ruedas hácia arriba?
Pues haber cómo ruedas hácia abajo.»

Y remontando el vuelo,
Lo suelta desde el cielo,
Por más que ya difunto
El reptil lo rehusa;
Y *¡plaf!* reventó al punto.
¡Digno castigo de su necia excusa!

Nunca una moral nos cuadra.

LA MADRE, EL HIJO Y LA CONCURRENCIA.

Fastidiaba á una noble concurrencia
Una madre amorosa, que asentaba
Que de Adolfo á admirar iban la ciencia
Si alguna fabulila recitaba
—«Vén acá, dijo, niño.»
Y Adolfo al escuchar su voz severa,
Con mucha más pereza que cariño,
La fábula empezó de esta manera:
—«LA OVEJA Y EL CORDERO. Cierto dia

La oveja, con el tono que ella sabe,
Daba á su hijo lecciones de ser grave,
Las que él pronto olvidaba, ó no aprendia.
¿Leccion, diréis, y en una edad tan corta?
Es necio, sí. Mas voy á lo que importa.
La oveja en vano en enseñar se ahinca,
Porque el hijo no aprende una palabra;
Mas corre, y viene, y va cual suelta cabra,
Y vuelta, y dale, y brinca que te brinca.
La madre del cordero era tan porra... »
Truncó Adolfo la historia de repente,
Cual cayendo en estúpida modorra;
Y es que viendo de dulces una fuente,
De su memoria en mengua,
Dura como el turron quedó su mente,
Y en agua vuelta la movible lengua.
— « Sigue, niño », la madre le decia.
— *Era tan porra*... el niño repetia;
La madre con sus guiños le hostigaba;
Y — *tan porra*... el muchacho replicaba;
Y con que si era *porra*, ó si no lo era,
Llegó á cansar la sociedad entera.
La madre al fin le dijo, ya corrida:
— « Aparta, que estás siendo, majadero,
Más torpe que el cordero de la historia. »
Y ¡oh, qué frágil memoria!
¡No acordarse que ella era distraida
Más *porra* que la madre del cordero!

No hay accion mala ó buena
Que aplicacion no tenga si es ajena,
Mas siendo propio el caso,
Jamas la aplicacion nos sale al paso.

De Gustos no hay nada escrito.

EL CONEJO, EL GALLO Y EL CERDO.

Cada QUISQUE *celebra, y es muy justo,*
Lo que es más de su gusto.

Por un gallo lo digo,
Que de una huerta picoteando el trigo,
Así á un conejo hablaba
Que, haciendo muecas, una col rumiaba:
— « ¿No admiras este trigo, buen conejo,
gordo y gentil, cual castellano viejo?
¿Quién ha visto manjar de más decoro?
Como soy, que parecen granos de oro. »
— « Aprension, friolera, boberia »,
El rumiador conejo respondia:
« Siempre á mi noble raza más le plugo
De tierna berza el agridulce jugo. » —
Viendo así despreciado
Su condimento amado
El gallo, incontinente,
Para buscar un juez más competente,
Se encaramó á las tapias de la huerta,
Como vigía que se pone alerta;
Y preguntó á un cochino
Que acertaba á pasar por el camino:
— « Dime, si te ofreciesen cuando almuerzas
Buen trigo y buenas berzas,
¿Qué cosa te comieras, caro amigo? » —
El cerdo contestó: — *Berzas y trigo.*

La muerte todo lo iguala.

LA VUELTA DEL CAMPESINO.

Halló al volver con otros á su tierra
Un nuevo cementerio un campesino,
Y al cruzar por enmedio del camino
Vió escrita en él esta inscripcion que aterra.
« UN PONCE DE LEON aquí se encierra :
Dobla al pasar la frente ¡ oh peregrino !
Y acata humilde al que postró al destino,
Recto juez en la paz, y héroe en la guerra.»—
Fija la vista en los eternos bronces,
Gestos de admiraciou haciendo extraños,
Dijo extasiado el campesino entónces :
—« ¡Por Dios que son terribles desengaños!
¡ Quién les dijera á los ilustres PONCES,
Que aquí enterré yo un *burro* hace dos años. »

No siempre el bien es fortuna

EL PÁJARO ENCARCELADO.

En una jaula un ave
Nació y vivió contento,
Sin cruzar nunca el viento
Con revolar süave.
¡ Qué vanamente grave,
Porqué más no desea,
De una á otra barandilla
Con voluntad sencilla
Cantando se pasea!
Créalo quien lo crea;
Mas lo cierto es que el preso

Nunca con loco exceso .
En ocasion ninguna
Maldijo la fortuna,
Ni tuvo á vituperio
Su dulce cautiverio.
Por último, es el caso
Que un dia que la puerta
Vió de la jaula abierta,
Llegó paso tras paso
A la vecina huerta.
¡ Como entónces contento,
Con emocion extraña,
Goza en la azul campaña
Del extendido viento
La libertad querida,
Nunca por él sentida !
De rama en rama vuela
Con la calma inefable
De la virtud amable
Que el crímen no recela ;
Y al más cercano arbusto
Lanzándose con gusto,
Quedó á la liga en suma
Presa otra vez su pluma.
¡ Triste imágen del hado
Fué el pájaro inocente,
Pues se trocó su estado
Tan repentinamente !
Tornó á ver á despecho
La ántes prision amada:
Mas nunca la alborada
Volvió á encomiar su pecho
Con su comun tonada.
« ¿ Por qué con tal quebranto,